

Lectio Brevis Año Académico 2023-2024

De la Incertidumbre global a la esperanza ciudadana: Construyendo Futuro

Arturo Peraza, S.J.

Construyendo futuro es el lema que identifica nuestra celebración de los 70 años de existencia de la Universidad Católica Andrés Bello. Una razón muy especial para dar gracias a Dios por el esfuerzo de múltiples generaciones de profesores, empleados, personal obrero y directivo que, junto al mundo estudiantil, le dieron vida a este proyecto que, constantemente a lo largo de este tiempo, ha centrado sus energías en abrirle horizontes a Venezuela a través de la formación de ciudadanos cualificados que han enfrentado en distintos momentos retos de diversa índole, siempre bajo el espíritu que les sembró esta Universidad.

Han sido muchos los retos que ha tenido que enfrentar nuestra Universidad a lo largo de este tiempo. Retos que en su momento fueron vividos como incertidumbres, pero que en vez de amilanar a quienes los vivieron, los fortaleció para lograr esto que hoy celebramos. La incertidumbre es una realidad que nos ha acompañado desde nuestro nacimiento, cuando para muchos era imposible admitir la existencia de una universidad privada y menos una católica. Incertidumbres que nos hicieron crecer, como la crisis del año 72 en la UCAB o la crisis del modelo democrático venezolano, que corre ya desde la década de los 90 a esta parte. Hoy, al celebrar estos 70 años, estamos confrontados por diversas incertidumbres que vale la pena recoger, como modo de hacernos conscientes de los desafíos que tenemos que afrontar.

Quisiera comenzar desde una dimensión mucho más experiencial. Muchos de los que se encuentran hoy en este auditorio llevan en sí una incertidumbre. ¿De verdad la Universidad será un espacio de vida para mí? ¿Resultará la carrera que he elegido? ¿Pasaré? ¿Tendré éxito? Y otras tantas preguntas por el estilo. Éstas son las incertidumbres clásicas que hemos vivido todos como estudiantes, especialmente cuando comenzamos la Universidad. Pero al mirar a esta generación observo unas incertidumbres que quizás en la mía no tocaron vivir. Cuando yo era estudiante, era evidente que el camino era ir a la Universidad, de manera tal que al finalizar bachillerato más bien había cierta claridad sobre el camino que había que seguir. Uno debía formarse en la Universidad, ser un profesional, tener un título que te habilitara para poder desarrollar una vida futura con relativa oportunidad de éxito. Pero hoy en día una de las incertidumbres es por el sentido de la formación y particularmente de la Universidad.

Siento que a nuestros jóvenes les tocó enfrentarse a un mundo que alimenta en ellos cuotas importantes de inseguridad. La pandemia del Covid-19 sin duda hizo lo suyo, pues nos mostró nuestra real fragilidad, el aislamiento que esa experiencia supuso particularmente en una etapa de la vida donde la condición gregaria es vital; luego, el contexto de creciente autoritarismo particularmente

vivido en Venezuela, pero que lamentablemente tiene ecos múltiples a nivel global; la pérdida de familiares y amigos a manos de la migración, que los ha hecho lejanos al menos en términos físicos, con la inevitable pregunta de si también deberíamos migrar a pesar de las terribles historias que nos llegan sobre la odisea que, en muchos casos, esa decisión ha significado y la triste sensación de no pertenecer a nada en realidad; la gigantesca dificultad de poder distinguir la verdad de la falsedad en virtud de aquello que se define como postverdad; la capacidad de crear situaciones ficticias de mano de la tecnología; la constante exposición pública de quienes somos y lo que hacemos a través de las redes, reduciendo el espacio de nuestra privacidad; el contexto de cambio climático que cada vez nos está desbordando; la inseguridad en la prestación de servicios públicos básicos como agua, luz, gasolina, etcétera. Podría seguir señalando circunstancias que particularmente afectan a la generación que hoy acude a estos espacios en búsqueda de una oportunidad de futuro con la incertidumbre sobre ese mismo futuro, tanto aquí como fuera.

Los adultos no estamos exentos de este momento de incertidumbre. Si bien lo vivimos de modo distinto a los jóvenes, ello no indica que no sintamos como las olas golpean nuestra barca. No sabemos a dónde va el país y con él, nosotros. Desearíamos que retornase un modelo de entendimiento político que nos permitiera avanzar en el campo económico y reconstruir una vida que sentimos perdida. Hacemos referencia a un pasado de mayor desarrollo, crecimiento e incluso equidad que el actual, pero no descubrimos que su fuente (el modelo rentista petrolero) era inestable como los años que nos ha tocado vivir. No hemos encontrado un horizonte que resulte aceptable y nos permita encontrar el camino al cambio.

La misma Universidad sufre tiempos de incertidumbre. Los jóvenes a nivel global le están demandando cambios. Esto lo notamos nosotros porque las búsquedas han variado mucho en pocos años. Ejemplo de ello puede ser cómo la Universidad se vio invitada a retomar la carrera de Arquitectura y la aceptación que esta decisión ha generado con un número importante de nuevos ingresos. A la par, otras carreras que antes tenían números de estudiantes muy amplios hoy se han reducido, pero incluso en esos casos hemos observado cómo hay carreras y menciones que han retomado rápidamente importancia. Pero los cambios van más allá de esto, las demandas alternativas son más profundas y han implicado repensar la misma Universidad. La aparición de nuevos intereses en formaciones de habilidades diversas como gastronomía, moda, diseño, e-sports y otras retan la imaginación de la Universidad.

La pregunta es, pues, si la Universidad en cuanto comunidad ha comprendido que estamos cambiando y si podemos asumir estos cambios para enfrentar los desafíos que esto supone. Permítanme decirlo en una palabra: incertidumbre.

Recuerdo en mis estudios de filosofía a Soren Kierkegaard, quien veía en la incertidumbre no sólo una circunstancia, sino quizás la condición humana existencial. Para él, el ser humano es una realidad que oscila entre lo finito y lo infinito, una tensión que le es inherente al ser humano, porque a la vez somos seres finitos con una dimensión trascendental que nos conecta con lo infinito e inexplicable. Esta tensión es la fuente de la incertidumbre en el hombre y lo constituye, pero no como un ser trágico, sino como un ser abierto a la oportunidad y a la esperanza. En su obra *El concepto de la angustia*, Kierkegaard señala que *“la incertidumbre es la antecámara de la creatividad y la posibilidad de la verdadera realización personal”*.

Hay personas que, por evitar la sensación de incertidumbre y la angustia que ésta genera, evaden como avestruces la realidad de cambio y sus demandas. Todo pasado fue siempre mejor y se instalan en modos y formas ya conocidas para evadir el cambio y sus demandas, pretendiendo una normalidad o una supuesta continuidad que no existe. Actitud, por cierto, que tiene su frase preferente en: “siempre se ha hecho así”, “siempre lo he hecho así”. Se vive, pues, de unas glorias pasadas que no dan cuenta del cambio. El hecho es que la realidad de contexto cambió: el país cambió, el mundo universitario se está repensando y especialmente los jóvenes son muy distintos, incluso de aquellos que estuvieron hace apenas 5 o 10 años atrás. No podemos evadir las preguntas, la incertidumbre, el cambio, aunque esto nos genere angustia.

De hecho, regresando a Kierkegaard, la angustia es la condición existencial del ser humano, es “la posibilidad de la posibilidad”, es decir, la posibilidad de lo que podría ser, de lo que podría no ser, de lo que podría ser diferente. La incertidumbre es lo que hace que la angustia sea una experiencia tan perturbadora, ya que nos confronta con la posibilidad de la pérdida, del fracaso, del dolor. Sin embargo, la incertidumbre también es una condición necesaria para la libertad. La incertidumbre es lo que nos permite ser libres, ya que nos da la oportunidad de elegir nuestro propio destino.

Por eso el ser humano no se queda en la incertidumbre, sino que constantemente decide y, para ello, usa una herramienta que Kierkegaard no duda en calificar como “un salto cualitativo en la existencia humana”. Y esto es la fe. La fe, para Kierkegaard, es el camino para encontrar sentido en medio de la ambigüedad de la realidad o de la existencia, invitando a las personas a comprometerse con verdades superiores que los conectan con esa realidad infinita a la cual se sienten convocados, en virtud de su dimensión trascendental. Este salto se produce cuando el individuo se enfrenta a la incertidumbre y decide confiar en algo que no puede probar racionalmente, pero lo invita a avanzar. La existencia se constituye en decisiones que enfrentan la incertidumbre y van abriendo paso a nuevas soluciones.

Para Kierkegaard, la fe es una condición necesaria de la esperanza. La esperanza, por sí misma, no es suficiente para afrontar la incertidumbre. Necesitamos algo más, algo que nos dé fuerza y confianza. La fe, en este sentido, es una especie de "ancla" que nos permite mantenernos firmes en medio de la tormenta. Es lo que nos da la esperanza de que, incluso en los momentos más difíciles, hay algo que nos sostiene.

Hablar de esperanza en nuestro contexto, incluso en este mundo postmoderno, puede resultar un ejercicio ilusorio, más en la medida que las diversas ideologías que pretendieron prometer un mundo de felicidad durante el siglo XX terminaron, en la mayoría de los casos, en fracasos dolorosos, experiencias de exclusión social y humana, dictaduras e incluso totalitarismos violentos que gestaron genocidios sobre la base de la prometida felicidad futura. Y lamentablemente nuestro país no es una excepción de esto. Nuestros jóvenes fácilmente se mueven al escepticismo y al pragmatismo, como legítimo modo de defensa frente a los cantos de sirenas de pretendidos políticos, bienhechores sociales o incluso líderes religiosos. El individualismo hace pasto en medio de la desconfianza que, incluso, es señalada en el último estudio que hace Psicodata, rompiendo tejidos sociales y sentido de pertenencia. Por eso es vital saber definir la esperanza si no se desea seguir un engaño de demagogos.

En principio es bueno comprender que la esperanza no es una simple creencia. Es junto con la incertidumbre, como señalamos, una condición existencial de la libertad. Si se quiere ver de esta forma, es la otra cara de la moneda, moneda que podemos llamar voluntad. La voluntad humana se mueve entre la incertidumbre, que como contexto le da realismo, y la esperanza, que invita a decidir y actuar en ese contexto. La esperanza en concreto le brinda dirección a la actuación de nuestra voluntad.

Otro filósofo, León Blonch, meditó en torno al sentido de la esperanza. De la mano de la inteligencia artificial, quiero destacar estas dos frases del autor: "*La esperanza es el aliento vital que nos impulsa a seguir adelante, a pesar de las dificultades y la incertidumbre que nos rodea.*" (De su obra *La vida en tiempos inciertos*); y "*la esperanza es el puente que construimos entre el presente y el futuro, nos permite soñar, planificar y actuar hacia un mañana mejor.*" (De su libro *Hacia la esperanza: Reflexiones sobre el sentido de la incertidumbre*)

Sobre la primera frase, me atrevería a comentar que la esperanza es el acto más libre del ser humano, pues nada ni nadie puede forzar la esperanza. Puedes elegir quedarte en el estatus que te encuentras y no construir, permitiendo que las circunstancias determinen la realidad. Las incertidumbres con sus miedos están frente a nosotros y nos pueden paralizar.

La otra opción es escuchar interiormente la voz de la esperanza. Esta voz es interior y es ella la que permite, como actitud, trazar en la vida estrategias, que no son otra cosa sino decisiones que nos permiten enfrentar las circunstancias con

sabiduría para lograr esas metas de futuro que nos hemos trazado, brindándonos una profunda experiencia de felicidad, aun ante el evento del fracaso.

Pensando en la segunda frase que destaqué, la esperanza es acción. La esperanza requiere tener un pie en realidades. Realidades de contexto a veces adversas, pero especialmente requiere conciencia de las fortalezas, dones, habilidades y desarrollos que están en las personas y en las instituciones. Son ellas las que deciden moverse, sobre la base de estrategias que se trazan, acciones que se realizan y evaluaciones de logros. El objetivo no es otro sino alcanzar un horizonte de futuro hacia donde nos dirige esa voz interior de la cual hablaba.

Regreso a tu incertidumbre, joven que estás en este auditorio. Tienes más que razones para sentir incertidumbres. Apenas señalé algunas y sé que hay más. Pero igual te pregunto: ¿te vas a quedar en ellas? La Universidad es una invitación a la apuesta, a abrirle la puerta a la esperanza. Construye tu estrategia de futuro. ¿A dónde te invita tu voz interior a llegar? ¿La has oído? Sabes no hay nada más importante que eso. En este camino de la Universidad habrá dificultades, no sólo académicas, sino en múltiples sentidos. Pero cuentas con nosotros para ayudarte, aunque quizás lo más importante es que cuentes contigo mismo y decididas construir algo mejor que lo que tienes en tu vida y en tu país, porque en tu caso te digo algo que he repetido muchas veces: **no tienes por qué irte**. Atévete a trazar la estrategia que nos lleve al futuro, porque recursos hay, gente dispuesta al trabajo también y aquí conseguirás a varios de ellos, así como un Señor que nos sigue ofreciendo su Espíritu para realizar lo que sueñan.

También quiero hablarle a mi universidad. No sólo como su Rector, sino más aún como su compañero, como alguien que junto a Uds. construye futuro y comparte la misión. También debo decir que la incertidumbre está allí. Confrontamos la crisis más dura de Venezuela, posiblemente desde la Guerra de Independencia, con un país vuelto girones, con el rostro de nuestros jóvenes inquiriéndonos sobre el sentido de la palabra futuro, con el temor en las manos debido al autoritarismo, delante de un cambio de época sin comprender aún con claridad su sentido, sino atisbando sus signos.

¿Cómo hablar en verdad de la esperanza, aquí, ahora, a nuestros jóvenes, a nuestros compañeros, a nuestro país?

Pues quiero decirles a todos Uds. que eso es lo que hacemos todos los días a plena conciencia de la dificultad. Esta Universidad tiene una estrategia que la ha ayudado a sortear este presente y abrirse caminos hacia el futuro. Antes fue el plan 20/20, al cual le siguió nuestro plan estratégico 20/23 y nos asomamos a continuar desde el plan estratégico 2024 – 2027. Las frases conectar, diversificar y Sustentabilidad con calidad siguen siendo nuestros marcos orientadores que nos han permitido, en medio de esta crisis, no sólo llegar a ser la primera universidad de Venezuela, sino subir tanto en el ranking global como en el latinoamericano.

Seguimos invirtiendo, seguimos creciendo, queremos abrir nuevas oportunidades en línea de carreras, academias, cursos y experiencias. Hemos crecido en inclusión y muchos hoy tienen algún tipo de beca. Nuestra esperanza está hecha de estrategias que se trazan, acciones que se realizan y evaluaciones que sistematizan los logros. Nuestra esperanza es concreta.

Cuando hablamos de esperanza los invito a ver los jardines de la Universidad; cuando hablamos de esperanza los invito a ir al parque social y mirar el rostro de nuestros usuarios; cuando hablamos de esperanza damos clases con lo mejor de la tecnología disponible, porque soñamos en un país desarrollado y lo hacemos realidad acá; cuando hablamos de esperanza construimos democracia, participación y respeto en nuestro campus; cuando hablamos de esperanza apoyamos a emprendedores que vienen al centro de emprendimiento para buscar herramientas que les permitan ser exitosos; cuando hablamos de esperanza investigamos para transformar; cuando hablamos de esperanza llenamos de arte nuestras estancias, de música, de teatro, de cine y danza; cuando hablamos de esperanza queremos dialogar con Uds., jóvenes, para ver por dónde va el camino de alternativas que nos puede abrir las puertas del futuro.

La narración del Génesis cuenta que el Espíritu de Dios se cernía sobre el caos (las aguas) y decide crear (bara en hebreo) el cielo y la tierra. Eso fue un gesto de esperanza. Eso no ocurrió sólo en el principio, ocurre cada día. De hecho, el texto termina con el hombre como responsable de la creación y con la potencialidad de continuar esa palabra “bara”. Hoy las incertidumbres son ese caos sobre el que nuevamente habrá que predicar el verbo “bara” para separar luz de tinieblas, aguas de tierras y llenar de vida esto que hoy parece ruinas. Esa es nuestra fe porque, por si no lo han descubierto, el Reino de Dios -como dijo Jesús- está en medio de nosotros, en tus manos y en las mías, en la de nuestros obreros y vigilantes, en la del personal administrativo y profesional, en la de los profesores y estudiantes, porque en nuestras manos está la decisión de construir la esperanza.

Que Dios nos acompañe.

Caracas, 9 de octubre de 2023.